

# Modernidad y postmodernidad de las identidades nacionales\*

MIKHAËL ELBAZ

Universidad Laval, Quebec, Canadá

DENISE HELLY

INRS, Montreal, Canadá

## Introducción

La redefinición de las narraciones y de las identidades nacionales, las transformaciones de la ciudadanía y de la civilidad, el resurgimiento de los etnonacionalismos son inseparables tanto de la globalización económica y cultural como del nuevo trazado de los mapas tras el fin de la guerra fría y la desintegración de las antiguas uniones yugoslava y soviética. Asistimos, de hecho, a un doble proceso. Por un lado, las migraciones de poblaciones de sociedades postcoloniales y la formación de diásporas han obligado a los Estados-nación a reconocer que sus fronteras son porosas y que su imaginada homogeneidad se convierte en realidad en una heterogeneidad pluricultural cuyos efectos sobre los mitos fundadores, las formas del Estado y de la democracia aparecen inciertos. Por otro lado, el tamaño de los Estados fluctúa, se forman mercados ampliados mientras que la nacionalización de los espacios regionales continúa. Estos procesos suscitan diversas interrogantes sobre el Estado y la nación: ¿asistimos al declive de la nación como forma política de la soberanía y de la igual dignidad de los ciudadanos? ¿Qué articulaciones pueden imaginarse entre las ciudadanía supranacionales y las identidades nacionales? ¿Son los regionalismos y los etno-nacionalismos las formas de existencia de las particularidades del futuro? ¿Cuáles son las consecuencias sobre el Estado-nación moderno de la etnización de la cultura y del espacio público? ¿Puede el Estado, sustituto monoteísta, convertirse en un lugar vacío con la afirmación de las singularidades y de las comunidades?

Estas preguntas nos remiten a otras. Hemos optado por distinguir en un primer momento los fundamentos de la identidad nacional tal y como han sido forjados y conceptualizados en los principales Estados del bloque occidental.

---

\* Traducción del francés de José Antonio de Gabriel a partir del original escrito especialmente por los autores para este número de la *RIFP*.

Enunciamos seis interpretaciones complementarias y contradictorias en estos espacios históricos, europeos y americanos. En un segundo momento, analizaremos las transformaciones provocadas por la crisis del Estado del bienestar y la transnacionalización sobre los referentes de la nación, de la sociedad civil y del Estado de derecho. Nos preguntaremos finalmente si la posmodernidad y la globalización marcan el declive del Estado-nación o reabren, por el contrario, el debate sobre el pluralismo democrático, la marginación y la exclusión.

## I. Los fundamentos de la identidad nacional

La formación de las identidades nacionales es un terreno de discusión para los analistas del nacionalismo y los teóricos de la nación. A pesar de los persistentes desacuerdos sobre los orígenes etnolingüísticos de las naciones (Smith, 1983, 1992) o el adiestramiento nacional de los ciudadanos por el Estado, lo cierto es que existe un acuerdo tácito sobre el hecho de que la nación es la forma moderna de la soberanía y de la ciudadanía. En efecto, los regímenes monárquicos no han controlado la socialización cívica ni el desarrollo de un vasallaje nacional de sus súbditos. Existe también un acuerdo implícito sobre el hecho de que, como religión civil e identidad de memoria, la identidad nacional orienta y define una voluntad, un espíritu, una autenticidad y un horizonte moral para los individuos nacionalizados, como lo percibía Herder.

La emergencia de este hábito nacional y su reproducción presuponen un cierto número de condiciones y de actores tanto en el espacio nacional como en el sistema interestatal mundial. Con el propósito de hacer explícitos estos fundamentos, podemos distinguir escuetamente seis interpretaciones complementarias y contradictorias en la literatura sobre la nación y el nacionalismo. A pesar de esta relativa confusión, todos los análisis están de acuerdo en que la narración nacional aparece simultáneamente en el noreste de Europa y en los Estados Unidos hacia finales del siglo XVIII, difundándose primero por Latinoamérica, Alemania, Italia, Japón y Rusia para alcanzar a los Imperios Austro-Húngaro y Otomano y a diversos países durante la descolonización. La movilización en la socialización cívica y en la identidad nacional se ha realizado también a distintos ritmos, se ha nutrido de neoclasicismo y de romanticismo, se ha apoyado en lógicas ciudadanas como en Inglaterra, Francia o Estados Unidos, ha sido difundido por las guerras napoleónicas en Europa central y se ha materializado en los capitalismo tardíos —Italia, Alemania, Japón— en reformas democráticas y su derivación autoritaria o totalitaria. Se comprenderá fácilmente que nos limitemos aquí a los espacios históricos en los que apareció la nación como forma moderna de la soberanía.

## 1. *La invención de la nación en la economía-mundo capitalista*

La noción de comunidad política emerge con la idea de soberanía del pueblo y de los individuos, de la lucha contra los privilegios y del resentimiento de las categorías sociales excluidas del ámbito político. Para Hobsbawm (1990), esta comunidad no se convierte en nacional sino ulteriormente, bajo el efecto de dos factores tendentes a la invención de la tradición nacional. Los referentes culturales y lingüísticos no son, en el siglo XVIII, mito-motores capaces de unificar el espacio nacional. La idea esencial es la de patria, que no se transformará en narración nacional hasta la *levée en masse* durante la batalla de Valmy en 1792.

Otro proceso primordial, el de la rivalidad interestatal, empujará a las clases dirigentes a consolidar la economía nacional, el mercado de los co-cambistas, ofreciendo a todos mayores posibilidades de promoción social que las ofrecidas por la región. El territorio nacional queda abierto a cualquiera que acepte los rigores de la ley, sin distinción de cultura o de lengua. En este sentido, la homología nación-pueblo-Estado es tributaria de la gran transformación capitalista de principios del siglo XIX. A semejanza de Wallerstein (1991), Hobsbawm percibe a la nación como el espacio político, limitado y soberano de la economía-mundo capitalista. Sin embargo, después de 1870, el temor al cambio económico, a los flujos migratorios masivos y la resistencia obrera harán resurgir el aspecto divisor del nacionalismo. El redescubrimiento folclórico del «pueblo» o el reciente resurgir del nacionalismo étnico y lingüístico son para el autor proyectos reactivos y testimonios de que la narración nacional está en crisis (ver, igualmente, Hobsbawm).

## 2. *La socialización en el hábito nacional por la modernidad industrial*

La idea de que la sociedad industrial no puede ser estructurada sino gracias a una lengua y a una cultura comunes ha sido claramente formulada por Gellner (1989). Para él, la identidad nacional es una socialización en la modernidad industrial. Rechaza, en consecuencia, cualquier definición positiva de la nación. Son los nacionalismos los que crean a las naciones en la medida en que el Estado moderno obtiene su legitimidad tanto del monopolio de la violencia legítima como de la educación universal. Solamente el Estado es capaz de asumir los costes y de inculcar las destrezas técnicas, administrativas y científicas necesarias para la industrialización y de imponer la nueva diferenciación social que aquella insta. La centralización de la educación va de la mano del Estado que promueve una lengua y una cultura comunes, suplantando orígenes y localismos, favoreciendo la movilidad social y espacial, homogeneizando la representación de la nación común e indivisible.

Aparentemente menos compleja, la tesis de Karl Deutsch (1953) parte de premisas similares pero atribuye a los medios de comunicación de masas el

nacimiento de modos de vida complementarios entre individuos. El pueblo se representa gracias a esta experiencia intersubjetiva acelerada por los cambios y la alfabetización. De este modo, el hábito nacional es el efecto del proceso de homogeneización cultural que requieren la modernización y la industrialización, el cierre del territorio y del mercado nacional.

### 3. *La comunidad lingüística imaginada*

B. Anderson (1983) sostiene que la identidad nacional es efecto de un cambio en la concepción del tiempo propio de la modernidad: el tiempo se hace homogéneo, lineal y vacío. El declive de las cosmologías religiosas y la incertidumbre ontológica que de ella se deriva inducen (y permiten) el desplazamiento de lealtades y creencias religiosas hacia una «comunidad» de iguales. La noción de comunidad religiosa se laiciza en los regímenes monárquicos, mientras que la lengua se convierte en el referente de similitud. El Estado recubre poco a poco a esta comunidad hasta el punto de convertirse en un sustituto monoteísta (Legendre, 1976). Esta mutación es posibilitada por los cambios técnicos e institucionales. Entre ellos, la invención de la prensa, la difusión de periódicos y novelas, la extensión de lenguas vernáculas, crean un sujeto colectivo abstracto—imaginado—cuyas huellas encontramos en la nación sociológica: la comunidad de lectores que, sin encontrarse nunca, saben que todos los demás tienen los mismos referentes. Anderson no reduce la comunidad nacional a determinaciones económicas o instrumentales. Concede una importancia central a la dimensión cognitiva, pero también, como Gellner o Hobsbawm, a la difusión de textos escritos en lengua vernácula como fundamento de la aparición del sentimiento nacional en el siglo XVIII.

Del mismo modo, el nacionalismo es para Kedourie (1960) un milenarismo secularizado. Para este autor, el nacionalismo es una religión de salvación terrenal derivada de las concepciones kantianas de los seres humanos como sujetos autónomos. El desarrollo de la idea de autonomía individual por Fichte y Herder alumbró una nueva casta de Padres laicos: los intelectuales, ambiciosos de acceder al poder o de fundamentar su legitimidad. El nacionalismo, sin embargo, sigue siendo para Kedourie un demiurgo potencialmente destructor.

### 4. *Nacionalismo, democracia y política del reconocimiento*

En su admirable libro, Greenfeld (1992) critica las tesis funcionales o instrumentales del nacionalismo o aquellas que hacen de la nación una religión civil. Subraya que el nacionalismo precedió a la industrialización y se desarrolla en el marco de la guerra de ficciones a la que se entregó el mundo cristiano en los siglos XVII y XVIII. Rechaza igualmente que pueda ser el equivalente de las grandes religiones. Para ella, la identidad nacional nace de la necesidad de au-

tenticidad, de igual dignidad, de la lucha por las libertades y del resentimiento provocado por un estatus precario, especialmente entre los intelectuales. Los inventores del nacionalismo, miembros de la aristocracia Enriquense británica, establecieron la equivalencia entre el pueblo y la nación, elevaron a cada miembro de la sociedad a la dignidad de la elite.<sup>1</sup>

El principio de reconocimiento que perseguían era fundamentalmente individualista. Según su visión, la soberanía del pueblo residía en los individuos y era por ejercerla por lo que eran miembros de la nación. Nación y democracia están asociados para los inventores del nacionalismo, según Greenfeld. La difusión del nacionalismo es una búsqueda de dignidad, pero no siempre ha conllevado la instauración de la democracia. Para Greenfeld, esta disociación introduce a menudo un telos colectivo, una reificación de la comunidad, una desigualdad entre los intérpretes de la voluntad colectiva y aquellos que quedan descalificados para esa función.

### 5. *Los fundamentos étnicos de la nación*

Numerosos autores consideran que el nacionalismo es una reescritura de pertenencias étnicas o confesionales y no una invención. Armstrong (1983), al igual que Smith (1983), ha destacado el largo ciclo de resurgimiento étnico en Europa y ha diferenciado las fluctuaciones de fronteras y de fidelidades. Siguiendo a Weber (1948), ambos reiteran que las naciones son análogas a los grupos étnicos en el sentido de que se hallan unidos por una descendencia común, real o putativa. Lo que las distingue, según Weber, es el compromiso de perpetuar la «comunidad de prestigio» étnica en comunidad política.

Geertz (1963) ha mostrado, por su parte, la dualidad complementaria de las dimensiones cívica y étnica del sentimiento nacional, especialmente en los Estados poscoloniales, reclamando en cualquier caso una revolución integradora que otorgase la primacía a la civilidad. Finalmente, Connor (1993) critica el conjunto de estas perspectivas adoptando de plano la concepción weberiana. Constata sin embargo que la identidad nacional tiene a menudo pocos lazos con la etnohistoria de la comunidad civil y raramente está concluida. Se trataría de una identidad colectiva difusa y cambiante, lo que explicaría las tensiones nacionales recurrentes.

### 6. *El papel del Estado: la fabricación de los «nacionales»*

La mayoría de estas aproximaciones subestiman lo político, el Estado y la amenaza de muerte en la construcción de las identidades nacionales. Breuilly (1993) y recientemente Schnaper (1994) insisten sobre lo político como instancia autónoma para aprehender el proceso de formación de la comunidad civil y nacional. Smith (1983) concede igualmente al Estado científico moderno un papel

fundamental, aunque su legitimidad siga cuestionada por las lógicas asimilacionistas, reformistas o neo-traditionalistas. Giddens (1985) es el más radical. Para él es el Estado el que crea a la nación, frontera del espacio de su estructuración social.

Se admitirá fácilmente que la identidad nacional es inseparable del trabajo del Estado y de sus operadores simbólicos: el mercado y el derecho. La integración nacional debida a la integración en la ciudadanía y al derecho de voto fue desigual. Las libertades estuvieron limitadas al principio a los burgueses para ser concedidas posteriormente a todo hombre, bajo la presión política de los movimientos obreros y de los ideales universalistas, y más tarde a las mujeres, en el siglo XX, en la entreguerra, como reproductoras de la nación diezmada por la guerra. Desde el final del siglo XIX, la idea modernista del Estado transformó a éste en Estado jardinero, arquitecto y terapeuta que normaliza las identidades, más que abre espacios de diálogo y de reconocimiento, nos dice Bauman (1992a y 1992b) en su obra. En efecto, la regulación fordista de la economía acentúa las desigualdades y empuja al Estado a intervenir en el mercado y a desarrollar políticas sociales: asistencia social, vacaciones laborales, seguros de enfermedad (ver Ewald, 1986). Además, el adiestramiento de los individuos por el ejército y la escuela fabricó ciudadanos que reivindicarían tanto derechos cívicos como derechos económicos y sociales (ver Green, 1992; Enloe, 1980). Finalmente, la pacificación de la clase obrera queda sellada por las dos carnicerías en las que participa en nombre de ideales patrióticos o del antiuniversalismo militante que fue el nazismo.

El Estado es pensable, en realidad, solamente por su geopolítica. La rivalidad interestatal ha sido analizada claramente por Tilly (1975) como una de las condiciones esenciales para la formación de los Estados-nación modernos. En efecto, la integración nacional y el patriotismo se cultivan de manera especialmente intensa con la guerra y los gastos destinados a la máquina militar, como ha demostrado Mann (1993) para el periodo comprendido entre 1760 y 1914. La muralla militar y el nacionalismo han sido igualmente la antecámara de la planificación económica y de la expansión capitalista en sus formas colonial e imperial. No se insistirá nunca lo suficiente, en consecuencia, en la militarización de las sociedades civiles como fundamento del *homo nationalis*, incluso en aquellos lugares en los que la neutralidad normativa del Estado en los asuntos geopolíticos es la regla, como en Suiza, que es, dejando al lado a Israel, una nación de soldados-ciudadanos.

En resumen, cívica o étnica, la identidad nacional ha asociado o disociado la ciudadanía y la nacionalidad. Sus fundamentos no pueden separarse de la racionalización del mundo nutrida por la modernidad y el modernismo. Liberales y comunitaristas, marxistas y capitalistas han tratado de atraerse el amor político de sus súbditos (Legendre, 1976), privilegiando aquí el universalismo de la ley dominadora (Walzer, 1983, 1992) y allá, la comunidad plena y entera.

La identidad nacional ha sido atravesada por las lógicas populistas y el sincretismo biosocial. Fue apresada por el nacionalismo integral, demostrando así las «posibilidades ocultas» de la burocracia moderna para someter a los individuos a la jaula de hierro del Estado. El nacionalismo triunfante ha sido incapaz de reconocer los derechos de las minorías, de los excluidos de la modernidad que dominaba en sus colonias interiores y exteriores, y ni siquiera ha sido capaz de reconocer los legados civilizatorios que son constitutivos y constituyentes de las sociedades nacionales. Finalmente, la voluntad de unificar el imaginario nacional ha sido constantemente contrapesada por las adscripciones de clase y de género y por el racismo, que no ha cesado en su metamorfosis desde la formación del capitalismo histórico, como demuestra Goldberg (1993) admirablemente.

## II. El Estado providencia y la religión de los derechos

La segunda guerra mundial mostró el «lado oscuro» del nacionalismo en el continente europeo y el renacimiento de un nacionalismo eslavófilo ruso, al tiempo que consagró claramente el *imperium* americano. La reestructuración estatal e interestatal de posguerra se perseguirá de hecho a través de tres procesos: recordando las amenazas comunista y nuclear, extendiendo las ramificaciones del Estado social,<sup>2</sup> gracias a la codificación de las relaciones privadas y a la culturización de las relaciones sociales, y mediante la globalización de los intercambios económicos y de las migraciones internacionales. Asistimos de hecho a una doble lógica de cierre de lo nacional y de emergencia de un marco postnacional en el que circulan emigrantes, capital y artefactos culturales.

Los años 1945-1950 están profundamente marcados por la guerra fría, la carrera armamentista y los enfrentamientos militares en el tercer mundo. La formación de un bloque occidental apenas suplanta a los nacionalismos territoriales, como lo testimonian los debates y conflictos en el seno de la OTAN. Terminada la segunda guerra mundial se aceleran las técnicas de subjetivación y vigilancia, mientras la pacificación en el centro del sistema mundo y la expansión del capitalismo ha conllevado una juridificación de las relaciones sociales, la rutinización del sindicalismo de combate y el nacimiento de los movimientos sociales. La superposición Estado-nación-sociedad designa desde entonces la capacidad de fundamentar una integración social y cultural en nombre de los ideales del progreso, aunque estos acababan de ser derrotados. El Estado *ultra-manager* extendió sus ramificaciones no solamente dentro del espacio público, interviniendo en la economía, socializando los gastos derivados de las catástrofes (sanidad, paro, accidentes de trabajo, etc.), financiando la educación y la cultura, sino también en la esfera privada, regulando las relaciones entre hombres y mujeres, la violencia familiar, el tipo de educación y las atenciones que deben ser prestadas a los niños, el aborto e incluso algunas actividades

personales consideradas como privadas. La disociación gradual entre la nación y la democracia, fundamentalmente a causa de las desigualdades persistentes sobredeterminadas por las divisiones social, étnica, sexual y racial del trabajo, provocó una crisis de legitimación del Estado que no podía ser resuelta por la sola justicia procedimental. La adopción por algunos Estados benefactores de la noción de exclusión sistémica aparece desde entonces como una de las amenazas más vivas que pesan sobre la representación de la homogeneidad nacional.

En efecto, en los Estados Unidos desde los años sesenta, y después progresivamente bajo el impacto social del aumento de los flujos migratorios raciales en las demás sociedades occidentales, se formulan demandas de derechos a la vez culturales y económicos por grupos categoriales que rechazan la justicia distributiva de los Estados del bienestar. El fracaso, como la exclusión, serán percibidos en adelante como experiencias acumulativas que no son consecuencia de una lotería individual, sino de procesos desigualitarios, estructuralmente reproducidos y padecidos por grupos con experiencias comunes y con destinos familiares determinados. Este movimiento, inaugurado por la lucha por los derechos civiles en los Estados Unidos, se amplió al reivindicarse la instauración de una justicia retrospectiva en nombre de los agravios históricos, la esclavitud y la discriminación racial de los negros americanos, el patriarcado y la división sexual del trabajo.

A partir de los años setenta se implantan programas de discriminación positiva en favor de las mujeres y/o de las minorías nacionales e inmigradas, tanto en los Estados Unidos como en Canadá, Holanda o Gran Bretaña. En esta época algunos Estados —Canadá, Australia, Nueva Zelanda— inventan nuevos mitos fundadores para integrar a sus minorías territoriales o inmigradas. El pluralismo clasificatorio al que inducen los derechos positivos en favor de poblaciones estigmatizadas, racializadas o discriminadas por razón de la edad o del sexo es interpretado, especialmente en Europa, como una desestructuración de la homogeneidad social y cultural de la nación y del concepto de ciudadanía. Ciertamente, Europa ha desarrollado históricamente políticas protectoras más extensivas que los Estados Unidos, pero la crisis del modelo es patente en el momento en que emergen reacciones populistas, xenófobas y racistas y se debilitan las mediaciones institucionales que fueron capaces en otro tiempo de fundamentar la integración social y la nación solidaria.

A partir de los años setenta se atisba el final de un ciclo de conquista de derechos económicos y sociales a causa de los déficits públicos y, sobre todo, de una nueva reestructuración de los intercambios internacionales. La globalización de la economía no es en modo alguno una simple extensión de los intercambios comerciales y financieros como los que el mundo conocía desde hacía dos siglos. A diferencia de la internacionalización que tiende a ampliar la apertura de las economías nacionales (conservando cada una de ellas, en principio, su autonomía), la globalización o mundialización tiende a ensanchar la integra-



ción de las economías. Afecta a los mercados, a las operaciones financieras y a los procesos de producción, reduce el papel del Estado y la referencia a la economía nacional (Kébabdjian, 1994).

El ascenso de las exclusiones y del desempleo no puede ser tratado como un efecto coyuntural. Sólo una redistribución masiva de los recursos (Miller, 1989) podría reducir las desigualdades estructurales que habían sido señaladas desde hacía dos décadas por los economistas radicales norteamericanos, quienes hablaron ya de sociedad dual, mientras que su análisis no ha sido recibido en Europa sino recientemente. Esta crisis del Estado de bienestar está ligada a los límites históricos de su capacidad para mantener el principio igualitario, la protección social y la condición asalariada, a la culturización de las relaciones sociales que genera para sostenerse y a la globalización de la economía que acentúa sus dificultades para gestionar el mercado de trabajo. La crisis del Estado del bienestar se manifiesta en su incapacidad para reemplazar a las instancias privadas productoras de solidaridad nacional y para responder a las desilusiones de los ciudadanos frente a los proyectos modernistas y al debilitamiento del espacio de la nación. Esta incapacidad suscita una polémica, reabierto sin cesar, entre liberales y comunitaristas, como lo testimonian los debates mantenidos entre Rawls (1971), Nozick (1974), Elster (1992), I.R. Young (1990), Pateman (1988), Walzer (1983) o Taylor (1989), por no citar más que a algunos de ellos. Esta controversia no puede ser tratada aquí a fondo, pero queda circunscrita por la comprensión del espacio-tiempo del capitalismo y la afirmación del sujeto.

### III. La posmodernidad y la reconfiguración de las identidades nacionales

La reevaluación de las formas y medios de intervención del Estado benefactor, la formación de diásporas, la reemergencia de conflictos étnicos, nacionales y religiosos, las destrucciones ecológicas y el subdesarrollo endémico ofrecen una imagen del estado del mundo y de los lugares que podría ser percibida apresuradamente como un caos que sella la derrota, si no el fin, de la modernidad. El final de la guerra fría en 1989 y las crisis económicas y políticas en el este de Europa no hacen sino acentuar esta percepción.

Este periodo de turbulencias ha estado marcado por algunos cambios de sentido que van desde el individualismo heroico hasta las reivindicaciones comunitarias, desde la fidelidad trascendente a la clase, a la nación o a la ciudadanía hasta las identidades policéntricas, desde el asimilacionismo al pluralismo étnico y a las políticas del reconocimiento, del falocentrismo a las deconstrucciones feministas, del industrialismo conquistador a la flexibilidad de la regulación en el postfordismo, de la racionalización instrumental de la vida al culto de la invención de sí. Estas mutaciones multiorientadas se han traducido en la pérdida de las orientaciones y en la destrucción de las grandes narraciones —la ciencia, el progreso, la salvación individual por la acción— que han podido

hasta ahora dar sentido e integrar a los actores a pesar de la crisis de la modernidad. La cuestión central es, de ahora en adelante, cómo interpretar las nuevas articulaciones entre el capital internacional, la nación y la democracia, el espacio urbano y las formas locales de la diversidad cultural, las resistencias y las exclusiones. Limitémonos aquí a algunas dimensiones de esta reconfiguración de las identidades nacionales.

### *1. El nacionalismo librecambista y la recomposición del espacio de la ciudadanía*

La formación de amplios mercados en Europa, América y en la zona del Pacífico ha tenido y tendrá complejas consecuencias para la nacionalización de espacios regionales y la articulación entre las ciudadanía supranacionales y las identidades nacionales. Mucho antes de la firma del tratado de Maastricht o del Tratado de Libre Comercio para América del Norte, Nairn (1977) y Hechter (1975, 1979) habían estimado que la mundialización de la economía amenazaba con fracturar los Estados-naciones desarrollados. La separación sería tanto más probable cuanto las naciones minorizadas fuesen capaces de acercarse a la economía global sin tener que soportar los costes de una unión constitucional que constriñe su desarrollo. Sus previsiones no se han materializado todavía ni en la Franja Celta, ni en Cataluña, ni en el País Vasco, aunque aquí, como en Bélgica, las tensiones persisten. En el antiguo bloque comunista los Estados Bálticos, Ucrania, el Tatarstán y las ex repúblicas del Asia Central soviética desarrollan esta misma lógica del nacionalismo librecambista, constituyendo alianzas económicas con Turquía, los países occidentales o Irán.

De hecho es en Quebec y en Canadá, en Occidente por consiguiente, donde se ha dirimido la suerte de este tipo de nacionalismo. Efectivamente, la continentalización de la economía, a la que los quebequeses fueron ardientes adeptos, la crisis del Estado del bienestar y el endeudamiento endémico del Estado Federal son el contexto en el que se dirime la soberanía en nombre de la prosperidad que puede procurar en el futuro el Estado Federal o un Quebec independiente. En cualquier caso, el nacionalismo librecambista promovido por el partido quebequés es complementario de la lógica de movilización nacional descrita por Hroch (1985): 1) el inventario folclórico, cultural y literario; 2) la invención de los emblemas y del discurso nacionalista; 3) la transformación del nacionalismo cultural en nacionalismo político. A pesar de esta sinergia, cualquier predicción sobre el resultado del referéndum sobre la soberanía de Quebec sería temeraria.<sup>3</sup> En efecto, las presiones del mercado financiero internacional, las reacciones negativas del Estado canadiense ante cualquier futura unión, política y económica, y la capacidad de un Estado independiente para mantener en América del Norte un mercado mayoritario de productos culturales franceses son inconvenientes conocidos por la opinión pública. El rediseño de los mapas

ha tenido lugar rara vez en sociedades liberales y democráticas tras la segunda guerra mundial, con excepción de la secesión de Singapur de la Federación de Malasia.

Como mostró el estudio clásico de Hirschman (1970), hay tres posibles opciones en un sistema complejo: la salida del sistema, la voz y la lealtad. Los quebequeses tienen la representación, la *voice*, en el sistema consociativo canadiense. El partido quebequés exige, sin embargo, una devolución de poderes que el Estado Federal rechaza. Se replantea, en consecuencia, la lealtad al Estado central, encarnación de una cultura anglo-canadiense e instrumento de políticas que no pueden satisfacer equitativamente los intereses de las provincias. Si triunfara el movimiento a favor de la soberanía, la salida del sistema reabría en el interior los mismos agravios, pero esta vez en relación con los autóctonos. Cualquier tentativa del Partido Quebequés de llegar a acuerdos con los grupos autóctonos antes de la celebración de la consulta ha fracasado hasta el momento.

Europa es la cara inversa de la situación canadiense. La Comunidad Europea se asemeja más a un condominio que a una federación. La unificación económica no ha subvertido la soberanía nacional en perjuicio de la regla de la subsidiariedad. Sus promotores persiguen, al mismo tiempo, objetivos geoestratégicos: mantener el estatus de Francia como potencia media, contener la posición central de Alemania en el continente, contrapesar la competición que libran entre ellos los otros bloques económicos.

En cualquier caso, la Comunidad no dispone ni de diplomacia común ni de identidad compartida. Carece por el momento de partidos políticos que trasciendan las fronteras nacionales y únicamente las elites parecen disputarse lo que será la casa Europa. El nacionalismo librecambista corre el riesgo de convertirse en un campo de batalla cultural, especialmente frente a las poblaciones del este de Europa y las comunidades de inmigrantes —*Denizens, Gastarbeiter* o extranjeros, como se les denomina a pesar de una residencia prolongada—.

El final de la amenaza soviética puede reterritorializar sus miedos a lo extraño y al extranjero, como lo testimonian la guerra de ficciones que se desarrolla con el Islam y el radicalismo islámico, el aumento de la violencia, el racismo y el antisemitismo, el control de los flujos migratorios y de los refugiados. Las resistencias populistas y nacionalistas que han acompañado a los referenda en los distintos países europeos parecen dar cuenta del temor que manifiestan los nacionales ante el contractualismo y la gestión de unos Estados que se amparan en el paro estructural ante el descenso real de los salarios, en nombre de los sacrificios que son imprescindibles de realizar en la era de la globalización económica para mantener el rango o el poder del Estado-nación.

## 2. El nacionalismo patrimonial y la reiteración de la identidad nacional

Una de las consecuencias de la individualización y de las desigualdades bajo el efecto de la crisis de los Estados del Bienestar y de la estandarización de los bienes culturales es el desperejamiento entre sistema y mundo vivido del que habla Habermas. La tentativa de restaurar la identidad nacional, de refundar el vínculo social, de reescribir la narración nacional, se percibe claramente en el crecimiento de la memoria y de la herencia desde los años setenta (Hewison, 1987). Este crecimiento no se refiere a la democratización de los bienes culturales, sino que concierne esencialmente a las actividades museológicas y de conmemoración nacional y no a los mercados del cine, del teatro, del libro, de las artes plásticas o de la televisión. Las conmemoraciones son ritos instituidos por el Estado nacional desde el siglo XVIII, pero su reciente proliferación testimonia la voluntad de los Estados de contener la transnacionalización cultural y mediática. La promoción del patrimonio es manifiesta en el gusto reciente por el estudio de las «patrias chicas», los «lugares de la memoria», la genealogía de los héroes o los acontecimientos fundacionales.

El culto a los aniversarios, como señala Johnston (1992), se ha convertido en una verdadera religión civil cuyos promotores son los intelectuales orgánicos. Allá donde la separación de la cultura y el Estado no se encuentra claramente establecida, como en Francia, y al contrario que en los Estados Unidos, la función cultural del Estado trata de construir y de transmitir la referencia nacional como monumento y como memorial.<sup>4</sup> El modelo napoleónico de la gran cultura nacional financiada por el Estado se ha difundido por el mundo entero. El patrocinio de Mitterrand de las grandes obras públicas y la conmemoración del bicentenario de la Revolución Francesa, el debate sobre «la excepción cultural» durante la negociación de los acuerdos del GATT, consagran la materialización de la singularidad local y el temor a una disolución del telos nacional.

En Alemania, por el contrario, la nación ha sido siempre pensada como un proyecto inacabado y la crisis de la identidad nacional alemana provocada por el nazismo ha empujado a la República Federal a regresar a la tradición que venera a los héroes culturales (Goethe, Schiller) o a un teólogo, Lutero, fundador de la *Kultur*. La distinción entre nación política y nación cultural se refleja en la manera en que los franceses y los alemanes construyen la memoria. Es significativo a este respecto el debate sobre la revisión de la historia en Alemania y las dificultades que rodean a la celebración de acontecimientos como la noche de los cristales rotos, el 9 de noviembre de 1988 (quincuagésimo aniversario). Ironía de la historia, un año después caía el muro de Berlín, transformando una fecha trágica en acontecimiento —la reunificación de Alemania por segunda vez en 125 años— y al muro en un «lugar de la memoria». Austria no puede, por las mismas razones, celebrar acontecimientos políticos tales como la

*Anschluss* y enlaza con la tradición habsburguesa para cimentar su identidad nacional. Italia y Gran Bretaña no experimentan la misma necesidad de forjar una religión civil; la primera, en detrimento de su secularización, consagra sus aniversarios a los Santos, mientras que para los británicos, la Iglesia anglicana y la monarquía son instancias de continuidad de la identidad nacional.

En los fragmentos de Europa en América del Norte y en Oceanía, el nacionalismo patrimonial depende del régimen constitucional, de la fuerza o de la debilidad del Estado central, del pluralismo étnico y de los mitos fundacionales. En los Estados Unidos, la constitución y la continuidad del régimen político garantizan la memoria de una nación providencial en la que la identidad étnica apenas es obstáculo para la fidelidad al Estado. A excepción de la guerra de secesión, las conmemoraciones, promovidas esencialmente por el mecenazgo privado, no suscitan la veneración del pasado. Paradoja de las paradojas, ha habido que esperar a los años noventa para erigir un museo a la emigración en Ellis Island que narra la construcción de la nación americana gracias a olas sucesivas de inmigrantes. Finalmente, la expansión de la cultura museográfica (en Inglaterra se inaugura un museo cada tres semanas, mientras que en Japón lo han sido 500 durante los últimos 15 años) da muestra de la mercantilización cultural y de la desprivatización de la memoria hasta el punto de que conmemoramos aquello que ya no veneramos, con el riesgo de que, como demuestra Young en el caso de los memoriales consagrados a la Shoah, se trate menos de conmemorar que de olvidar.

### *3. La fragmentación de la narración nacional y la ideología multiculturalista*

La desestructuración de la «Gran Cultura» bajo el efecto del desarrollo de las comunicaciones de masa y la diferenciación social y normativa en las grandes metrópolis, la deslegitimación de los intelectuales en provecho de los expertos y la politización de los procesos distributivos en los países occidentales han vuelto a poner sobre el tapete los significados atribuidos a la cultura. La desintegración de la «comunidad de los saberes», como ha señalado Williams (1973), ha preparado la reacción posmoderna, la metropolización del mundo, un mundo en el que, desde este momento, hay una concatenación más evidente entre el estatus social y las marcas imputadas o reputadas como somáticas o culturales.

El multiculturalismo es, en este contexto, una constelación de políticas y de prácticas que trata de conciliar la identidad y la diferencia, de deconstruir y relativizar la metacultura de las sociedades postindustriales. Es preciso distinguir, sin embargo, dos formas de multiculturalismo. La primera remite a la comunalización etnopolítica de los grupos estigmatizados que utilizan estratégicamente la marca cultural para reivindicar el acceso a las diversas esferas de la sociedad. La lógica instrumental que subyace a la demanda de derechos tiende en un primer momento a reificar la cultura y a movilizar a los miembros en nombre de una diferencia asignada.

El reconocimiento por el Estado de las reivindicaciones de los empresarios etnoculturales se traduce tanto en la cooptación de las élites como en la formación de las clientelas. La legitimación de facto del pluralismo cultural e institucional tiene como reverso una segunda forma de multiculturalismo que pretende menos la reducción de las desigualdades que la reescritura de la historia por algunos grupos minorizados, como puede percibirse en el desarrollo de los *Cultural Studies*, de los *Jewish, Black, Women* y *Chicano Studies*, o incluso de los autóctonos (ver, sobre todo, Turner, 1993). La diferenciación culturalista rechaza el eurocentrismo, las prácticas asimilacionistas, la construcción del otro en la literatura, la educación y el poder. Si en una se busca asegurar una incorporación igualitaria apoyada en el pluralismo cultural, en la segunda, el resentimiento y la búsqueda de la autenticidad derivan hacia un nacionalismo cultural y un relativismo absoluto.

Pocas sociedades han resuelto los dilemas planteados por estas dos formas de multiculturalismo. Algunos temen una balcanización de las sociedades nacionales y el regreso del conflicto entre la religión y el Estado. Schlesinger (1992) se inquieta por una posible desunión de América, mientras que en Francia un multiculturalismo de hecho, tolerable, hace temer la emergencia de un multiculturalismo institucional que constituye una aberración para quienes concibieron la nación. En los antiguos dominios británicos, controlados por poblaciones blancas, la incorporación igualitaria de las minorías adopta una forma particular. Es fácil comprender que las sociedades nacidas de la inmigración hayan estado más abiertas a la instauración del multiculturalismo como responsabilidad estatal en la gestión de las desigualdades sociales y de las tensiones interétnicas. Canadá y Australia desarrollan políticas oficiales que garantizan al mismo tiempo la existencia de las comunidades étnicas y los programas de acción positiva.

A diferencia de los Estados Unidos, australianos, neozelandeses y canadienses han estado marcados hasta los años setenta por una identificación privilegiada con Gran Bretaña. Desde hace dos decenios, los Estados han tratado de asentar su legitimidad sobre un mito fundacional, nacional, que incluyese también a las minorías territoriales o inmigradas. Las políticas de creación de un sentimiento nacional se han enfrentado, en todos ellos, a los autóctonos, a la transformación cultural provocada por la inmigración y, en el caso de Canadá, a la copresencia de dos sociedades nacionales. En cualquier caso, se han adoptado políticas de reconocimiento de los derechos de las minorías autóctonas.

Nueva Zelanda ha desarrollado un sistema de gestión basado en el principio de «autodeterminación» de los maoríes y en la devolución, admitiendo una forma de soberanía cultural de la minoría autóctona. La existencia de derechos ancestrales de los maoríes se reconoce desde 1975 y, según el tribunal que decidió sobre la interpretación del Tratado de Waitangi de 1840, por el que los maoríes se sometieron a la soberanía británica, estos últimos conservan los de-

rechos de los que habían sido privados desde aquella fecha, en razón básicamente de la confiscación de sus tierras. Cualquier reivindicación de los maoríes debe ser examinada, en consecuencia, a la luz de la jurisprudencia maorí previa a la firma del Tratado. Las decisiones del tribunal adoptan, ciertamente, forma de recomendaciones a la Corona, más que de juicios ejecutorios, aunque el Tribunal Supremo haya confirmado su validez. Desde 1986 el funcionamiento de este entendimiento comienza a mostrar claramente sus efectos en el plano de la administración pública, en cuyo seno desempeñan los maoríes desde entonces el papel de socios en cualquier decisión que les concierna. Pero desde 1988 los maoríes piden reformas en los planos judicial y constitucional, reclamando un sistema de dos Cámaras con el fin de ver reconocidas seriamente sus reivindicaciones por los tribunales. En 1990 protestaron violentamente contra las celebraciones del 150 aniversario del Tratado de Waitangi.

Los Estados canadiense y australiano han reconocido progresivamente, durante los años 1970-1990, derechos específicos a sus minorías autóctonas, restituyéndoles territorios, participando en la preservación de sus lenguas o negociando formas de autonomía gubernamental (Canadá). Han transformado de este modo la ideología de la Australia blanca y del Canadá británico en nuevas identidades nacionales poliétnicas. Canadá, desde 1971, ha tratado de desarrollar al mismo tiempo una identidad pancanadiense, una reducción de las desigualdades culturales y raciales y una gestión patrimonial de las culturas étnicas, sin llegar a producir una identidad nacional en la que pudiera reconocerse el movimiento secesionista quebequés. Desde 1984 pone el acento sobre una incorporación igualitaria de los grupos etnoculturales y sobre la construcción de una fidelidad nacional basada en el reparto de las instituciones políticas, el principio multiculturalista y la Carta de derechos y libertades. A semejanza de Francia, el Ministerio del Patrimonio Canadiense financia las actividades culturales y artísticas buscando consolidar su territorio cultural frente a la influencia norteamericana.

El gobierno de Whitlam transitó desde 1973 la vía de la adopción de una política oficial de integración de los inmigrantes no blancos en Australia hablando de «nación multicultural». Esta orientación fue retomada decididamente por el gobierno de Fraser en 1975, que adoptó medidas para favorecer la proliferación de medios de comunicación étnicos, la difusión y el conocimiento de las culturas inmigrantes y el respeto de los derechos individuales de los migrantes. La conmemoración del bicentenario de la fundación del Dominio, en 1988, ilustra también esta voluntad de imponer una visión multicultural de la sociedad australiana.

La legitimación estatal de la pluralidad cultural como base de las políticas oficiales multiculturalistas apunta tanto a la reducción de las desigualdades estructurales como a la construcción de una identidad nacional. Tiende a resolver los dilemas planteados por la división étnica y social del trabajo, la exclusión y

la incapacidad de la doxa asimilacionista para disolver la distinción etnocultural con el paso obligado de las generaciones. Sin embargo, en ninguna parte la fragmentación de la narración nacional es aceptada sin protestas ni percibida como un nuevo repertorio en el que las identidades transigen entre ellas. El multiculturalismo plantea en todas partes la cuestión de los fundamentos del consenso y del centralismo jurídico que aseguren una igualdad negativa y el pluralismo cultural. Horace Kalen, que fue el promotor de este pluralismo en 1915, lo concebía en una sociedad, los Estados Unidos, que es una nación de naciones, y propugnaba más una transculturación que la uniformización disolvente del centralismo cultural democrático.

La ironía de la historia es que la desestructuración de las identidades y la formación concomitante de las comunidades nos reenvía constantemente al mercado de las identidades para definirnos y ser definidos. Ciertamente, el legado democrático de nuestro universo político desconfía de las reivindicaciones comunitarias que cuestionan el proyecto de autonomía del individuo y del ciudadano, trabajosamente construido en la modernidad. Así, las demandas de responsabilidades ampliadas a comunidades humanas extensas en nombre de agravios históricos, de la supervivencia cultural o de la exclusión pueden ser consideradas singulares desde la perspectiva de una regulación universalista de los intereses y de los derechos. Por lo tanto, sólo un universalismo contextual, «incoactivo», reiterativo en palabras de Walzer (1992), puede permitirnos deliberar públicamente sobre nuestras identidades y diferencias, más allá de la reificación de la cultura o del simple afán de derechos.

La perspectiva no carece de interés, pero nos imposibilita definir la manera de arbitrar la demanda de derechos culturales y sociales en una sociedad que ha perdido el sentido de su autoinmunidad y de su seguridad ontológica con la desestructuración del proyecto modernista. Pero permanece la cuestión de si los Estados-nación son capaces de repensar la *persona ficta* que los ha instituido para integrar las identidades y las culturas, sin saltarse necesariamente la invención democrática que es la condición y el efecto de los procesos de individuación y de comunalización.

#### 4. *La formación de las diásporas y las coaliciones autóctonas*

El debate sobre la inmigración en los países occidentales, especialmente en Europa, oculta a menudo la ruptura provocada por la postmodernidad al favorecer la formación de redes diaspóricas internacionales que comparten un imaginario de lo perdido, un código cultural que puede reunir las esferas privada y pública, intercambios materiales y simbólicos, una tensión entre la pertenencia a la patria y el lugar de acogida (ver Safrán, 1991). Figuras híbridas, los miembros de las diásporas desarrollan una consciencia de la identidad y de la diferencia que reaviva tanto la memoria del colonizador y del racismo como la marginalidad y



las exclusiones de las que son objeto en el país que les acoge. Gilroy (1993) ha mostrado cómo ha ido naciendo una pan-etnicidad entre grupos radicalizados, al tiempo que asistimos a procesos semejantes entre los magrebíes en Francia, los latinoamericanos en Estados Unidos, los haitianos en Norteamérica, por no hablar aquí del prototipo de las diásporas: la comunidad judía.

Las crónicas de las diásporas nos enfrentan a los mestizajes culturales y lingüísticos y consagran el declive del asimilacionismo como lógica de inserción. Todo ocurre como si las telecomunicaciones, la economía informal y las redes familiares transnacionales se conjugasen para reproducir comunidades autónomas sin soberanía estatal que no se etnicizan, como suele afirmarse, sino que disponen de un repertorio heterogéneo de significaciones culturales. Aunque no son exiliados en el sentido estricto del término, las comunidades autóctonas tienen la experiencia de la desposesión y de prácticas etnicidas ejercidas por los blancos. Rehacen y reescriben su historia, una historia marcada por los desplazamientos y la frontera, y reivindican la soberanía, aún ficticia, de los Estados que les han incorporado. La reconstitución de los autóctonos como sistema internacional paralelo subvierte igualmente el cierre imaginado de las culturas y de las identidades nacionales (ver Werther, 1992). El problema planteado por las nuevas diásporas y los autóctonos no es otro que el de las políticas de reconocimiento evocado ya por las reivindicaciones comunitaristas de los grupos integrados en la sociedad civil. Pero podemos situar igualmente la formación de las diásporas dentro de un análisis histórico más amplio, tal como lo ha sugerido McNeill (1986). Según McNeill, la regla de estructuración de las sociedades ha sido siempre poliétnica y la homogeneización practicada por los Estados-nación europeos entre 1750 y 1920 es una aberración. La edad de la globalización no permite ya reconciliar los ideales de libertad e igualdad con las jerarquías y las desigualdades étnicas estructurales, las limitaciones de la participación cívica y política y las ideologías de la supremacía cultural de apariencia universalista. Es más prudente optar por una estructura consociativa capaz de garantizar los derechos individuales y los derechos de las minorías que encerrarse en la nostalgia de la nación unitaria y de una democracia que ha sido siempre imperfecta y basada en exclusiones.

## Conclusiones

La transnacionalización económica y la extensión de los derechos democráticos, el afán en la búsqueda de las identidades, ¿anuncian, como algunos pretenden, el declive de la nación como forma política moderna? Harvey (1989), Hobsbawm (1990) y Schnapper (1994), partiendo de premisas diferentes, dudan de la capacidad de la nación y de las identidades nacionales para perpetuarse. ¿Avanzamos hacia una era «postnacional» caracterizada por la formación de sociedades consociativas en las que se negocian los valores, los bienes y las cargas

entre ciudadanos particulares pero no particularizados? Algunos, como Taylor (1992) y Walzer (1994), propugnan una política del reconocimiento que reúna diversidad cultural y derechos fundamentales, democracia y pluralismo, particularismo y universalismo.

Habermas (1993) critica cualquier tentación de hacer del Estado un lugar «lleno» al instituir diferencias normativas en el ordenamiento jurídico. Únicamente la justicia procedimental en la que se apoya el «patriotismo constitucional» puede permitirnos perseguir el ideal ilustrado y defendernos de las tentaciones nihilistas que nos acosan. Vattimo (1992) nos dice con convicción que, apegados como estamos a las lógicas fundacionales, no somos todavía lo suficientemente nihilistas. Ciertamente, con la crisis del Estado-nación se enuncia de nuevo el sueño de reconstruir lo que ha sido deconstruido por la modernidad. Pero la conquista carece ahora de horizontes: los individuos están más individualizados, son más híbridos y complejos que los «yo» heroicos de la modernidad. Ciertamente, el capitalismo y la cultura se funden en lo que Jameson (1991) ha dado en llamar «el hiperespacio postmoderno», pero ello apenas implica la desestructuración de los fundamentos de la nación. En efecto, la soberanía nacional siempre ha estado constreñida por la circulación del capital financiero, de los flujos de poblaciones y de los bienes culturales. Son la rapidez y el ritmo de la globalización y los referentes de la nación los que cambian las perspectivas y el diagnóstico.

¿Es necesario invocar a Marx para recordar que, desde su origen, el capitalismo ha sido local, nacional y mundial? Al contrario, puede afirmarse que el Estado-nación continúa siendo el lugar de la soberanía y de la igual dignidad de los ciudadanos, pero sin dejar de inquietarse al mismo tiempo por el hecho de que en Europa, un condominio de intereses económicos y geopolíticos, la crisis de referentes del Estado-nación acarreada por la multiétnicidad de sus respectivas sociedades pueda empujar a los Estados o a la comunidad a constituir una fortaleza «blanca», normalizando las identidades nacionales mediante el racismo, en vez de a través de las políticas de reconocimiento multicultural. Si este fuera el caso, el dilema americano del que hablaba Myrdal (1994) se trasladaría a Europa y exigiría antes o después una instauración de derechos cívicos y políticos de acción positiva. Si no, es grande el riesgo de que se propaguen frente al autismo, la exclusión y las violencias el terrorismo y el contraterrorismo como derivados integristas e integrales de las referencias nacional e inmigrante.

El nacionalismo no ha quedado obsoleto en ninguna parte del mundo. Ciertamente, la descomposición de la Unión Soviética y de Yugoslavia no ha sido causada *a priori* por movilizaciones nacionalistas, pero solamente el nacionalismo étnico podía llenar el vacío existente en unos espacios en los que el Estado destruyó la sociedad civil. Desde 1991 se cuentan 18 nuevos Estados-nación, 14 de ellos tras el desmembramiento del monolito soviético. Continúan

los persistentes conflictos en el subcontinente indio y en el Medio Oriente, mientras que Canadá corre el riesgo de explotar. El rediseño de los mapas parece estar en marcha, pero es difícil prever cómo el sistema internacional, unipolar a partir de ahora, legitimará o deslegitimará las secesiones. Gurr (1993) ha contabilizado 250 minorías de riesgo en el mundo contemporáneo. Parece improbable que se doble el número de Estados-nación, pero la única lección que ha enseñado este siglo es que el reconocimiento internacional no se ha adecuado claramente a los derechos de las minorías. Las tragedias yugoslava y ruandesa son el testimonio que vivimos en las sociedades post-hitlerianas en las que no hemos comprendido que el derecho de las gentes debe preceder a los intereses del Estado-jardinero. Sin embargo, frente a este pesimismo provocado por las desilusiones postmodernas y la crisis de las identidades nacionales, nosotros anudamos con otras épocas, con otros finales de siglo. Concluamos prudentemente diciendo que las posibilidades de una modernidad modesta, libre de las creencias totalitarias, abierta a la vez a las experimentaciones transculturales, a la libertad y al diálogo están ahí a condición de que, como señaló Arendt, no conduzca a los individuos y a las colectividades hacia ideologías del reencantamiento del mundo, de las que el nacionalismo sigue siendo uno de los exponentes agotadores y a toda prueba.

#### NOTAS

1. Un argumento similar es el desarrollado en la reciente obra de Walzer (1994).
2. La génesis del Estado del bienestar es a menudo situada en los años treinta, pero su proyecto podría rastrearse en el siglo XVIII en Alemania, donde se instituyó una auténtica ciencia del Estado, un sistema administrativo, médico y policial. Foucault (1994) percibe aquí una verdadera estrategia bio-política que ordena a los individuos cómo vivir, producir, consumir y morir.
3. Este artículo fue escrito antes de que se celebrase el referéndum sobre soberanía-asociación en Quebec. El referéndum, celebrado el 30 de octubre de 1995, se saldó finalmente con la derrota, por escasísimo margen, de los secesionistas (N. del T.).
4. Además, los sectores de las industrias culturales mantenidas con fondos públicos y que están perdiendo mercados de exportación participan cada vez más en esta política patrimonial. El caso del cine y de la televisión ilustra este proceso en Francia. Las producciones de envergadura tratan fundamentalmente de temas nacionales, a menudo históricos, y participan en la empresa de la conmemoración nacionalista. Estas industrias se convierten en localistas frente a la competencia americana.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, B. (1983): *Imagined Communities*, Londres, Verso.  
ARMSTRONG, J. (1983): *Nations before Nationalism*, Chapel Hill, University of California Press.  
BAUMAN, Z. (1992a): *Intimations of postmodernity*, Londres, Routledge.  
— (1992b): *Modernity and the Holocaust*, Cornell, Cornell University Press.

- BREUILLY, J. (1993): *Nationalism and the State*, Chicago, The University of Chicago Press.
- CONNOR, W. (1993): *Ethnonationalism. The Quest for Understanding*, Princeton, Princeton University Press.
- DEUTSCH, K. (1953): *Nationalism and Social Communications*, Nueva York, Wiley.
- ELSTER, J. (1992): *Local Justice*, Nueva York, Russel Sage Foundation.
- ENLOE, C. (1980): *Ethnic Soldiers*, Londres, Penguin.
- EWALD, F. (1986): *L'État providence*, París, Grasset.
- FOUCAULT, M. (1994): *Dits et écrits*, 4 vols., París, Gallimard.
- GEERTZ, C. (1963): *Old Societies and New States*, Nueva York, The Free Press.
- GELLNER, E. (1989): *Nations et Nationalisme*, París, Payot.
- GIDDENS, A. (1985): *The Nation-State and Violence*, Berkeley, University of California Press.
- GILROY, P. (1993): *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*, Cambridge, Harvard University Press.
- GOLDBERG, D.T. (1993): *Racist Culture. Philosophy and the Politics of Meaning*, Nueva York, Basil Blackwell.
- GREEN, A. (1992): *Education and State Formation. The rise of Education Systems in England, France and U.S.A.*, Londres, MacMillan Press.
- GREENFELD, L. (1992): *Nationalism. Five Roads to Modernity*, Cambridge, Harvard University Press.
- GURR, T., et al. (1993): *Minorities at Risk. A Global View of Ethnopolitical Conflicts*, Washington, United States Institute of Peace Press.
- HABERMAS, J. (1993): «Struggles for Recognition in Constitutional States», *European Journal of Philosophy*, 1 (2), 128-153.
- HARVEY, D. (1989): *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Oxford University Press.
- HECHTER, M. (1975): *Internal Colonialism*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- , y M. LEVI (1979): «The Comparative Analysis of Ethno-Regional Movements», *Ethnic and Racial Studies*, 2 (3).
- HEWISON, R. (1987): *The Heritage Industry*, Londres.
- HIRSCHMAN, A. (1970): *Exit, Voice and Loyalty*, Nueva York.
- HOBBSBAWM, E. (1990): *Nations and Nationalism since 1870*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1995): *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991*, Nueva York, Pantheon.
- HOCH, M. (1985): *The Social Reconditions of National Revival in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.
- JAMESON, F. (1991): *Postmodernism or the Cultural Logic of Capitalism*, Londres, Verso.
- JOHNSTON, E. (1992): *Post-Modernisme et Bimillénaire*, París, PUF.
- KÉBABDJIAN, G. (1994): *L'économie mondiale, enjeux nouveaux, nouvelles théories*, París, Seuil.
- KEDOURIE, E. (1960): *Nationalism*, Londres, Hutchison.
- LEFORT, C. (1971): *L'invention démocratique*, París, Fayard.
- LEGENDRE, P. (1976): *Jouir du pouvoir. Traité de la bureaucratie patriote*, París, Minuit.
- MCNEILL, W. (1986): *Polyethnicity and National Unity in World History*, Toronto, University of Toronto Press.
- MANN, M. (1993): *Sources of Social Power. The rise of Classes and Nations States 1760-1914*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MILLER, D. (1989): *Market, State and Communities. Theoretical Foundations of Market Socialism*, Oxford, Clarendon Press.
- MYRDAL, G. (1944): *The American Dilemma*, Nueva York, Harper and Row.
- NAIRN, T. (1977): *The Break Up of Britain*, Londres, New Left Books.
- NOZICK, R. (1974): *Anarchy, State and Utopia*, Nueva York, Basic Books.

- PATEMAN, C. (1988): *The Sexual Contract*, Stanford, Stanford University Press.
- RAWLS, J. (1971): *A Theory of Justice*, Cambridge, Harvard University Press.
- SAFRÁN, W. (1991): «Diasporas in Modern Society: Myths of Homeland and Return», en *Diaspora* (1): 83-89.
- SCHLESINGER, A.M. (1992): *The Disuniting of America*, Nueva York, Norton.
- SCHNAPPER, D. (1994): *La Communauté des citoyens*, París, Gallimard.
- SMITH, A.D. (1981): *The Ethnic Revival*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1983): *Theories of Nationalism*, Londres, MacMillan.
- (1992): *National Identity*, Reno, University of Nevada.
- TAYLOR, Ch. (1989): *The Sources of the Self*, Nueva York, Harvard University Press.
- (1992): *Multiculturalism and the Politics of Recognition*, Princeton, Princeton University Press.
- TILLY, Ch. (1975): *The Formations of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press.
- TURNER, T. (1993): «Anthropology and Multiculturalism», *Cultural Anthropology*, 8 (4), 411-429.
- VATTIMO, G. (1992): *The End of Modernity*, Cambridge, Polity press.
- WALLERSTEIN, I. (1991): *Geopolitics and Geoculture*, Cambridge University Press / Maison des Sciences de l'Homme.
- WALZER, M. (1983): *Spheres of Justice*, Nueva York, Basic Books.
- (1992): «Éloge du pluralisme démocratique», *Esprit* (marzo-abril), 123-124.
- (1993): «Exclusion, Injustice and Democratic State», *Dissent* (invierno), 55-64.
- (1994): *Thick and Thin. Moral Argument at Home and Abroad*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.
- WEBER, M. (1948): «The Nation», en H. Gerth y C. Wright-Mills (eds.), *Essays on Sociology*, Nueva York, Routledge and Kegan Paul.
- WERTHER, G.F.A. (1992): *Self-Determination in Western Democracies: Aboriginal Politics on Comparative Perspective*, Westport, Greenwood Press.
- WILLIAMS, R. (1973): *The Country and the City*, Londres, Chatto and Windus.
- YOUNG, I.R. (1990): *Justice and the Politics of Difference*, Princeton, Princeton University Press.
- YOUNG, J.E. (1993): *Holocaust Memorials and Meanings: The Texture of Memory*, New Haven, Yale University Press.

*Mikhaël Elbaz es profesor del Departamento de Antropología de la Universidad Laval, en Quebec.*

*Denise Helly es investigadora del Centro Cultura y Sociedad del Institut National de la Recherche Scientifique en Montreal. Su más reciente publicación ha aparecido en la obra interdisciplinaria «Les frontières de l'identité. Modernité et post-modernité au Québec» (París - Sainte-Foy, L'Harmattan y Presses de l'Université Laval, 1996).*